



Barry Norton y María Alba, en la película dialogada en español de Columbia "El Código Penal"

EN ESTE NÚMERO:

El Cine y la Moda. — Mujeres bonitas. — Fotografías de las películas "Wu-Li-Chang" y "Monte Carlo". — La polémica del cine: Opinión de Lola Membrives, por Antonio Orts-Ramón, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Ha llamado mucho la atención la interpretación que del protagonista de la película WU-LI-CHANG, de la M.-G.-M., ha hecho nuestro eminente compatriota, Ernesto Vilches. En la fotografía de la parte superior, damos una escena en la que se demuestra claramente toda la fuerza de expresión de dicho artista y debajo de ella otra interesante escena de la misma película.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDUCCION
ADMINISTRACION
Distribucion: 239 T. B. 22
BARCELONA

REDUCCION EN
MADRID: imprenta
ELIBRO Y LA MORA
Valverde, 80 y 82



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

España y Colonias
Trimestre: 575
Semestre: 1.000
Anual: 1.700

América y Portugal
Trimestre: 675
Semestre: 1.200
Anual: 2.100



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUFICIENTE
30
CÉNTIMOS

DOS SEVILLAS

Por una coincidencia puramente casual, hemos tenido ocasión de ver proyectarse al mismo tiempo, en los dos cinemas del Paseo de Gracia, dos películas que ostentan en su título el nombre de la poética ciudad del Betis: «El embrujo de Sevilla», la una, y «Sevilla de mis amores» la otra.

Y al ponernos a escribir la impresión que ambas nos han causado, se nos ofrece como a flor de pluma, casi contra nuestra voluntad, un paralelo vago y desconcertante que nos lleva a situarnos en un plano fuera de la realidad del espectador y del crítico. Un paralelo — claro está — revestido con todo el ropaje retórico que, unos momentos, se acerca a la paradoja, otros cae de lleno en la antítesis y, algunos, sugiere la ingrata comparación.

«El embrujo de Sevilla», por ejemplo, es una producción declaradamente nacional, concebida por un espíritu español y realizada con elementos que saben de la vida sevillana; «Sevilla de mis amores», en cambio, es una correcta producción de las que abundan en Norteamérica, concebida por espíritu educado a lo yanqui y realizada con heterogéneos elementos de acá y allá.

En la de aquí se reproducen los eternos tópicos de la españolada: el torero, la corrida de toros, el cantador de flamenco, la bailarina gitana, el tabernero de los chulos, la procesión de Semana Santa...; en la de allá, ni se sabe de toros, ni de navajas en la liga, ni de procesiones con saetas.

El argumento de una se reduce a la trivialidad de un caso novelesco, sin emoción ni realce alguno; el de la otra, está impregnado de un manoseado romanticismo, con oportunos sapecaduras de gracia chispeante y de sentimentalismo dulzón.

En una, conocemos los amores de un

torero que no quiere retirarse; en otra, los de un «cantador» que aspira a ser cantante de ópera.

En la primera, los «achares» gitanos se juntan a la voluntad de un ganadero que se obstina en prohibir que su hija se case con un torero; en la segunda, los mismos «achares» se ven favorecidos por el criterio de un militar que se empeña en que su hermana se haga monja.

Aquella, en esencia, sólo puede ocurrir en Andalucía; ésta, sin lo accesorio, en cualquier parte del mundo.

Los españoles se han desenvuelto en un ambiente gris, monótono, sin novedad ni atractivo, en pleno año de 1930; los americanos se han esforzado en dar la máxima viveza al color local para reproducir el ambiente de 1880.

Unos, para justificar el «embujo», nos hacen ver, a guisa de prólogo, una serie interminable de fotografías de Sevilla, con un recitado pomposo y colorista; los otros, para evitar contrastes desagradables, procuran limitarse a escenarios de interiores o a reducidas perspectivas ciudadanas, sin mentar en absoluto el encanto de la tierra sevillana.

El español, ante la imposibilidad de ser actor y torero, admite la actuación de un extra, y deja ver, con muy poco disimulo, que es uno el que, ante la cámara, se perfila para matar, y es otro el que hunde materialmente el estoque en el toro; el americano, decidido a hacerse todo, se empeña hasta en cantar, y con ello nos obliga a hacer un esfuerzo de imaginación para comprender que aquella vocelita de tenor pueda llegar a entusiasmar al público exigente de un gran teatro de ópera.

En una cinta, en fin, hallamos cosas que, para España, nos sobran; y en otra, detalles que, para Norteamérica, nos faltan.

LORENZO

BOLETÍN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 375 pbs. - Semestre, 750 - Año, 13

Nombre

Calle

núm.

Población

Provincia

Desee suscribirse a **FILMS SELECTOS** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interesa.) A partir del 1.º

El importe se le remito por giro postal número

impuesto en

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interesa.)

(Firma del suscriptor)

de
(Fecha)

de 1931

Films Selectos sale cada sábado

Paramount Public
Studios, Hollywood,
California.

Warner Oland
Guy Oliver
William Powell
Charles Rogers
Lillian Roth
Regis Toomey
Fay Wray
Gary Cooper
Kay Francis
Richard «Skeets»
Gallagher
Harry Green
O. P. Heggie
Doris Hill
Phillips Holmes
Helen Kane
Dennis King
Jack Lunden
Paul Lukas
John Loder
Jeanette MacDonald
Frederic March
David Newell
Jack Oakie
Richard Arlen
Jean Arthur
William Austin
George Bancroft
Clara Bow
Mary Brian
Clive Brook
Nancy Carroll
Robert Castle
Lane Chandler
Ruth Chatterton
Maurice Chevalier
Margarita Glorich
Ramón Pereda

**¡JOVENES!
¡JOVENES!**

que tenéis muchos gra-
nos en la cara (Acné
juvenil), podéis elimi-
narlos obteniendo un
cutis limpio y agrada-
ble usando

OXILON

VENTA EN TODA
BUENA PERFUME-
RÍA Y FARMACIA

Para instrucciones escribid a
PRODUCTOS CUTISAN
Montaner, 10. - Barcelona

De unos a otros

Publicaremos en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

175. — J. Quintanilla. Muy señor mío: me permito molestar su atención con las presentes líneas, agradeciendo de su amabilidad me indique por mediación de la revista de su digna dirección, el domicilio de las empresas que filman películas en España.

176. — Dice Dama misteriosa: Me dirijo por primera vez a los amables lectores de esta simpática revista y les ofrezco mis pobres conocimientos respecto al cine. Al propio tiempo desearía me contestasen a la siguiente pregunta:

¿Vive aún Manuel San Germán en Madrid? Si vive todavía en esa ¿qué dirección es la verdadera? Pues leo en las revistas de cine la calle con distinto número.

177. — Eterna dice: ¿Podría algún lector o lectora de FILMS SELECTOS indicarme si el argumento de la película *Trapezio* ha sido tomado de algún libro? Y de ser así ¿el nombre de la obra y su autor?

178. — Dice Anapolia: Desearía me contesten en FILMS SELECTOS, diciéndome la dirección de Luis Alonso (Gilbert Roland) y Billie Dove, y el franqueo que necesitan. Quedaré muy agradecida.

179. — Desearía que algún amable lector de esta revista me dijera si la simpática artista de cine Pola Negri, continúa trabajando en el cine, y en caso afirmativo, mu-

cho les agradecería me indicaran su dirección, pues deseo escribirle. Mil gracias anticipadas.

180. — Maribel y Toto desearían saber la fecha de los nacimientos de Dorothy Jordan y de Anita Page, y detalles referentes a sus vidas y películas.

¿Ya será alguien tan simpático como para decirnoslo? ¿Eh?

CONTESTACIONES

143. — A Un admirador de Billie Dove: Billie Dove habrá filmado unas treinta películas. ¿Quiere usted el nombre de ellas? En *De telefonista a millonaria*, además de la que le nombra, trabaja Jack Mulhall y Gwen Lee.

144. — Marro lluvioso contesta a Augustus: Tengo entendido que Clive Brook y George Bancroft si van a hacer películas sonoras, y al segundo pronto le verá usted en un talkie.

Con mucho gusto enviaría a usted la foto que desea de Clive Brook pero... ¿a qué dirección? Dígamela por medio de esta sección y yo con todo placer le enviaré la foto de su favorita, pero sin aceptar la de Greta Garbo que usted ofrece en cambio, pues esta artista no es de mi predilección.

145. — Del mismo a Rafael Izquierdo: El verdadero nombre de Mona Maris es María Rosa Gandeville; es argentina, su biografía ha aparecido en FILMS SELECTOS, número 4.

Un puñado de contestaciones de Augustus:

146. — Para Loquita por Charles y Ana Karenina: Charles Farrell nació en Walpole, Mass. E. U. A., el 9 de agosto de 1905. Llegó a Hollywood empleado en el vestuario de una compañía teatral de infimo orden a la que abandonó para ingresar de «extra». Le costó no poco destacarse; al fin, ya en la Fox, Harry Beaumont le dio un papelito de relativa importancia en *Sandy*, de Madge Bellamy. Por entonces, Frank Borzage planeaba *El séptimo cielo* y buscaba un actor muy joven que uniese un gran arte a

una gran inexperiencia; sólo así el difícil matiz de suficiencia, ingenio y bondad innata que caracteriza al «Chico» hubiera podido lograrse. Se fijó en Farrell y le dio el personaje. El resultado fue la maravilla que todos conocemos. Es soltero y sin compromiso y jamás ha tenido la menor relación amorosa con Janet Gaynor. Son muy buenos amigos solamente. «Se dice» que mira con simpatía a Virginia Valli, pero nada más. Sus «filmas» para la presente temporada son: *Alta sociedad*, ... *Y la Princesa se enamora*, *Del abismo a la cumbre* y *Nena mía*. Todas sonoras y la penúltima en technicolor. Con Janet sólo la primera. Me alegraré que las complazca esta respuesta.

Las cintas de Chevallier serán *El gran clavo* y probablemente *Petit café*, donde dicen que le acompañará su esposa Ivonne Pallée. De Greta Garbo, *El beso*, *Anna Christie* y *Romance*. Su actor joven en esta última es Gavin Gordon, nuevo en el cine; el argumento recuerda *La Dama de las Camelias*, pero sin muerte de la heroína al final. Las dos últimas son totalmente parlantes en inglés.

147. — Para John Litagostora: Usted, joven, o no ha ido al cine en su vida o es un bromista. ¿Qué aficionado puede ignorar que Vilma Banky y Ronald Colman han interpretado juntos *El ángel de las tinieblas*, *Venganza gitana*, *Flor del desierto*, *La llama mágica* y *Dos amantes*? Las cintas de Clara Bow serán *La loca orgía* y *Amor entre millonarios*. La dirección de Olive Barden, es R. K. O., 780, Gower Street, Hollywood, California, U. S. A. Charles Ray trabaja ahora en el teatro. La última cinta de Harold Lloyd, sonora, es *¡Cuidado con el peligro!* (traducción literal del inglés).

148. — Para E. F. C.: El villano de *El pescador de perlas* es Montagu Love. Respecto a lo de Chevallier, sólo sé que fue en el Principal Palace.

149. — Para Uno de tantos: La dirección de Maria Alba (Casajunana) es Metro-Goldwyn-Mayer, Culver City, Hollywood, California, U. S. A. Carmen Boni, — su nombre lo dice — es italiana. Casada con el director Augusto Genina. Sus últimos «filmas» son *La gracia*, *Tango* y *Catalina Knit*. Dirección: Les Filmes Artistiques Sofar, Rue Montaigne, 7, París; o Uhlandstrasse, 130, Berlín.

150. — Para Jimmy Navarro: No creo que las casas distribuidoras ni agencias envíen fotos abonando su importe, pero aquí, en Madrid, las venden, magníficas, en muchas papelerías, al precio de dos pesetas. Con la ventaja de que, como hay gran variedad de modelos, es posible la elección. Si usted lo desea, y si la dirección lo permite, puedo enviarte las señas de alguna. Tres de los directores que le interesan: *La canción del rosario*: Georg Asagaroff. *Una aventura en China*: Charles F. Riesner. En cuanto a *La sortija imperial*, si el título está traducido literalmente del francés, es Erick Waschneck; en caso contrario, no lo sé.

151. — Para Mr. Carlos Tampaco: Los intérpretes de *Las basuras de la reina* son Billie Dove, Lloyd Hughes, Lillian Tashman y Armand Kalix.

152. — Para José Montalbán: No conozco el reparto íntegro de los «filmas» que le interesan, pero sí los principales intérpretes, que son los siguientes: *Estrella simbólica*, George O'Brien, Warren Hymer, Sue Carol; *El séptimo cielo*, Janet Gaynor, Charles Farrell, Gladys Brockwell, Marie Mosquini, Ben Bard; *Triplot*, George Bancroft, Wallace Beery, Charles Farrell, Esther Ralston; Johnny Walker; *Los pantanos de Zanzibar*, Lon Chaney, Mary Nolan, Lionel Barrymore, Warner Baxter, Jacqueline Gadsen; *Los dos pilletes*, Jean Forest, Leslie Shaw. Celebraré mucho que otro lector le envíe los repartos en detalle. Los directores que le interesan son: *En el palacio del Rey*, Emmett Flynn. *El presidente*, producción alemana, aunque distribuida por Universal, Genaro Righelli. *Marc nastro*, Rex Ingram. *La vida alegre*, Eric Von Stroheim. *El gran desfile*, King Vidor. *Los vencedores del juego*, William Nigh. *Atiéndela*, Marshall Neilan. *El águila negra*, Clarence Brown. *El pirata negro*, Albert Parker. *Los del segundo piso*, Frank Borzage. Todos son grandes y famosos realizadores, como puede ver.

M LOLA S MEMBRIVES

CANTADO debe de ser el lector que no conozca aquel famoso madrigal del poeta mejicano Urbina, en que un beso que corría tras de una mano se convirtió en suspiro.

Este madrigal, junto a la Membrives, tiene una honda significación. En ella no es un beso el que sufre la extraña metamorfosis, pero sí un continuo y sentido anhelo de superación que poco a poco va ahilando su esbelto cuerpo de palma real y plasmando tipos concretos, que ya tienen una iconografía especial y que, antes de encargarlos ella, eran algo tan vago como el beso que corría tras la mano. Ella al beso y al suspiro, al amor y al sufrimiento, al odio y al rencor, a todos los abstractos e inasibles productos del espíritu, los ha envuelto en el capullo admirable de su arte transformándolos en seres tan íntegros que casi son anatómicos.

Yo por lo menos, podría decir, después de haberla visto trabajar, lo que vive un suspiro; a lo que aspira un beso; cómo es el odio; describir la cara espantable del dolor; contar una a una las fibras tensas de la pasión y, sobre todo, decidirme por el arte como lo más útil de la tierra. Y ya esto es algo. Porque ganar la atención absoluta de un ser, sea este el que quiera, bien culto o salvaje, eso está reservado al genio. No al genio hecho de retazos de erudición y de saldos de cultura, como hay tantos por ahí. No. El genio a que yo me refiero, es el que tiene un parentesco muy próximo con el vigor físico, que detiene y subyuga aquí en la tierra, a fuerza de paciencia, de tesón, de «vitalidad», en una palabra. Y este creo que no abunda.

Si el recibirla a uno con atención y afabilidad tuviese algún interés para los lectores, yo les diría que la señora Membrives me acogió gentilmente; y si igualmente creyese que podría importarle mi agradecimiento a la eximia actriz por su acogida, les diría que es grande.

Pero no me cabe la menor duda que lo que los lectores quieren saber es la opinión de la señora Membrives sobre el cine y esa es la que inmediatamente voy a transcribirles.

—Me gusta el cine y me entretiene — me dice —, pero preferiría que los géneros que explota se ampliaran más y se humanizaran hasta alcanzar la realidad que se vive y no la que se forja. A mi entender, el éxito de ciertos actores, como Chevalier, Charlot y otros, ha deformado el cinematógrafo. Entre sus hazañas en las películas y la vida envolvente hay poco o ningún contacto. Claro que, por ser único y ser admirables, deben, en la que cabe, explotarse sus fórmulas artísticas, pero no hasta el extremo de que todas las películas se hagan a base de sus modalidades, como aquel boticario que todo lo curaba con hipocrecuana.

—Ahora, en el hablado, creo que se huye de eso — insinúa.

—El cine hablado — dígame la actriz — tiene el enorme defecto que es como el eco de una realidad extinguida. Yo no

sé por qué extraña asociación de ideas siempre que asisto a alguna película hablada me recuerdo del día de difuntos. Le falta al actor de la pantalla cuando habla y en general siempre, esa coloración de la piel que da la emoción sentida ante un público real y efectivo, como es el del teatro, por ejemplo. El actor de película trabaja en un estudio, con todas las rectificaciones que se le ocurren, sin un público que la juzgue tal como va realizando su labor y esta ausencia del verdadero y único juez, le resta la espontaneidad, la frescura, la elasticidad de gesto y expresión que el teatro siempre ofrece tan prodigamente.

—Y, sin embargo, triunfa el...

—Cine — termina la Membrives sin dejarme atenuar mi opinión —. Pero no es por motivos artísticos. El teatro es uno de los espectáculos más caros. Lo que el cine gasta en el original de una película nosotros lo gastamos, en relación, siempre que representamos una obra. Figúrese qué economía para mí si pudiese coger a mi compañía, meterla en

una maleta, como si fueran varios rollos de películas, y ¡a viajar! Pero, créame; siempre que se quiera saber cómo se gesta un odio; cómo un amor profundo se trueca en un rencor trágico; cómo se llora con suspiros hondos y lágrimas vivas, se tendrá que recurrir al teatro. Y no porque en el teatro se exprese mejor, sino porque está vivo, porque palpita, porque el rubor de una actriz en el teatro cuando besa, es un rubor que hay que vencer por la pasión y el sentimiento, pero un rubor real, despertado por miles de ojos que nos ven y no hay despretensión capaz de hacer este milagro, si muy dentro del alma no se siente la llamita cegadora del arte.

Cuando salgo del teatro Barcelona la voz de la Membrives llega hasta mí envuelta en los hondos «jipios» de una «soleá».

Y es que Doña Lola acaba de irse a los puertos, huyendo quizá de su alma que tanto la atormenta, o en busca de la nave que puso su «proa al sol»...

ANTONIO ORTIZ- RAMOS





Desde el altozano en donde está situada la casa del artista cinematográfico español Ramón Pereda, se descubre casi por completo la ciudad de Hollywood.
(Foto Paramount)

Este es el nombre que ostenta la metrópoli de la cinematografía, población que fue fundada en 1887 y que significa «acebal», o mejor: «bosque de acebos».

El acebo es un árbol — que muchos lo creen «sagrado» — de madera muy dura y flexible que alcanza una altura de cuatro a seis metros y que nunca se ha cultivado en términos de Hollywood. ¿Por qué, pues, lo bautizaron con este nombre?

Después de escudriñar textos y recopilar datos, hemos llegado a la conclusión de que ese nombre es la primera mentira de la extensa serie de que consta el historial de Hollywood.

El terreno que hoy ocupan los estudios hollywoodenses, así como toda la extensión urbana adyacente, estuvo poblado de higueras y albaricoqueros. En su parte central había una espléndida y hermosa huerta que adquirieron los cónyuges Horace Henderson Wilcox y Dacida Beveridge, propiedad que más tarde fue mumentada hasta cien hectáreas. Este matrimonio procedía de Michigan, pero a la sazón vivía en Los Angeles — ciudad que entonces tenía 25.000 habitantes, mientras que hoy alberga a más

GARABATOS CINEMÁTICOS

HOLLYWOOD

de millón y medio. — Al poco tiempo de haber comprado aquella finca, la señora de Wilcox emprendió un viaje en el cual, durante sus charlas incansables, conoció a una acaudalada dama que era dueña de una magnífica casa de campo que se denominaba «Hollywood».

Este nombre quedó tan placenteramente grabado en la memoria de la señora de Wilcox, que apenas regresó a Los Angeles, bautizó su huerto de higueras y albaricoqueros con el pomposo nombre de Hollywood, sin fijarse en si la región contenía siquiera un acebo que justificase aquel mote.

Resultaba chocante admirar una vastísima extensión de terreno tapizada de frondosos y poéticos naranjales, a la que se denominaba «acebal» sin que asoma-

ra por parte alguna ni un diminuto acebo...

Cierto día, el señor Wilcox, advertido del significado de la palabra Hollywood y de que en sus vastos dominios ni en todo Sudcalifornia no brotaba ni el más insignificante ejemplar del «árbol sagrado», mandó traer dos acebos de Inglaterra y los plantó en su propiedad, únicos testigos que desde aquel momento justificaron el nombre de pila que la señora Beveridge había aplicado con tanto entusiasmo.

La industria cinematográfica, cuya misión consiste en clasificar la vida para exportarla a todos los ámbitos de la tierra — industria que prospera a base de mentiras particulares de la escenografía, del maquillaje y de la fotografía; donde se simula un paisaje; donde mediante la perspectiva y la cámara fotográfica aparece como un gigante la diminuta figura de un artista — ha sentido sus reales y se ha encumbrado en un lugar donde cronológicamente se halla enclavada la primera mentira consistente en el nombre que se le puso y que hoy todo el mundo nombra.

MANUEL NOEL



BARRY NORTON LAS PREFIERE RUBIAS

Muchas veces he hallado en los estudios a este nuevo galán del cine hablado, y siempre se me ha evadido de la cárcel de mi entrevista. Cuando no había la puerta libre de un obstáculo, la forzaba buscándolo.

Pero, un día, me encaminé a su casa. La verja del jardín estaba abierta; la puerta de la casa también. Entré, y oí la precipitación de unos pasos menudos y el azoramiento de dos personas que hablaban tan quedo que no las entendía, en el cuarto próximo. A los dos minutos estaba ante Barry Norton, que se presentó en el «hall».

—Vengo a cobrar — le dije a tiempo de estrechar su mano.
—No es día de pago — me contestó, sonriendo.
—Usted tiene que pagarme la deuda de su promesa de entrevista.
—Pero hoy no puedo — se excusó.
—Nunca ha podido, y hoy no me voy sin cobrar.
—Es que...
—Nada. Hoy hablamos cinco minutos.

Con una resignación a lo Job, me hizo pasar a la habitación de donde salió a recibirme. Nos sentamos en una cama turca, entre cojines de tisú y de seda. Para no hacerle perder el tiempo, comencé:

—¿Usted es sudamericano?
—Argentino. Nací el 16 de junio de 1905, en Buenos Aires.
—¿Su nombre?

Alfredo de Biraben el admirado artista argentino conocido en el mundo cinematográfico por Barry Norton.

—Barry Norton, ¿no lo sabe usted?

—Este es el pseudónimo. Quiero saber su nombre.
—Alfredo de Biraben.
—Este apellido me parece español.
—Lo es. Mi padre era español y mi madre francesa.
—¿Cómo empezó a trabajar en el cine?
—Vine a Hollywood con la plena seguridad de triunfar. ¡Los pocos años! Pero antes de llegar a ser un artista secundario, pasé muchas calamidades e incluso hambre... por orgullo de no pedir nada a mi familia, que se había opuesto a mis ilusiones. Me marché de casa, y durante cinco años estuvieron sin saber de mí, hasta que hice un papel importante en la película «El precio de la gloria». ¡Qué alegría cuando recibí contestación de los viejos! ¡Me perdonaban con una satisfacción tan grande! Vieron que no perdí el tiempo y se admiraron de mi tenacidad.
—Y de su arte — completé.
—Ellos, sí; yo no quedé contento de aquella primera prueba del cine mudo.
—¿Cuántas películas silentes hizo?
—La que le he dicho, «El brujo», «Tobillos picarescos», «La legión de los condenados», «Mamá, déjame amar», «Los cuatro diablos» y «Los pecados de los padres».
—¿En cuál cree que quedó mejor?
—En «Los cuatro diablos». Es la más lograda.
—Para mí también — le indicó.
—Y para el público.
—¿Y en el cine parlante?
—No lo sé. ¡Es tan corta mi producción!... No obstante, me encuentro acertado en «Cascarrabias» y «El cuerpo del delito».
—¿Prefiere el cine hablado o el mudo?
—El sonoro es el mejor reflejo del artista. El otro me parece falta de algo, y ese algo es el habla. El silente es la figura sin sombra, y como esto no puede ser más que en la obscuridad, la figura con sombra del cine ha-



María Calvo y
Barry Norton

blado. Es la diferencia entre la fotografía y el original — termina.

—Muy bien. Ahora vamos a hablar un rato de mujeres.

—No puedo — manifiesta, rápido.

Luego se da cuenta y rectifica:

—Sí, verá usted, es muy expuesto. Si digo mis preferencias femeninas se alegrarán las que las posean, pero las admiradoras que no, se tornarán en mis enemigos.

Me habla en una media voz, y me doy cuenta de la situación. Y en el mismo tono, le pregunto:

—¿Y estos servicios de tú? ¿Y este cabello rubio que encuentro en la solapa de su batín? ¿Y...?

No puedo continuar. Imponiéndome silencio, me agarra del brazo, me saca al jardín, me da la mano, y se despide hasta otro día.

MAMO PALERMO



«Pitouto» en París

Alegrías y tristezas de los artistas españoles de «cine»

Wu-Fli-Tox, Restaurante

Plato del día:

Cola de serpiente: mayonesa.

—¿PERO qué ha hecho usted, hombre de Dios?—

«Pitouto» me mira sobrecogido, asienta el bombín sobre las sienes, y se disculpa confuso:

—No, es que me venía bien después de una visita, y entré a almorzar.

—¿En un restaurante de chinos? ¿Y habrá usted pedido el plato del día? ¡Por los clavos de Cristo, señor «Pitouto», que tiene usted en el «quartier» cincuenta restaurantes estupendos!

—Pero si yo no he tomado nada más que un par de huevos, un puré y un plato que comía mucho en «Colonia». «Ojos de plato a la «dernière». Por lo demás, se trata simplemente de observar tipos, ¿comprende?—

En los escaparates de este restaurante de chinos donde he hallado a «Pitouto», en vez de legumbres, frutas, viandas, como sería lo lógico y lo normal, veo raquetas, pelotas de «tennis», un gato de trapo rojo aspirando un frasco de perfume y un plato de madera cubierto con pétalos de rosa. Cualquiera sabe el simbolismo de todo esto. Las cortinas cierran todos los puntos de mira, aislando el interior con la calle.

EXTRAMOS por el boulevard Saint Michel. Muchachas con sus impermeables negros, sus cigarrillos y sus polainas, moda que importaron las rusas en París. Estudiantes, alarde de chalinas, melenas, barbas de apóstol, y pipas de barro. «Pi-

touto» con su enorme gahán de cuello de astracán, su bombín y el bastoncillo.

—Tiene usted personalidad, amigo «Pitouto» — le digo en un halago espontáneo —. La gente, en particular las muchachas, le sonríen. Usted ya sabe cómo se cotiza un buen «tipo» en París.

El me mira con sus grandes ojos de porcelana, en sentida expresión de agradecimiento. Sonríe con su boca mecánica de pez. Habla en francés unas cuantas palabras, y de pronto se dirige a mí en un tono recriminatorio:

—¿Usted no ha visto la última película en que yo trabajo: «Un millón»?

—No. He oído hablar de esta producción como muy notable, pero nada más.

«Pitouto» queda unos instantes pensativo. Proseguimos nuestro camino sin hablarnos. De nuevo él expone:

—¿Y mi primera película, «La Casa de la Troya»?—

Tiendo la vista hacia sus zapatones, y veo sus ojos que flotan en el espacio, que se juramentan para fulminar.

—¡Magnífico, «Pitouto»!—

Le sujeto el brazo y pregunto autoritariamente:

—¿Dígame por qué no hace usted nada más que films franceses?

—Yo... Porque no me llaman. Además creo que soy caro.

—Y qué le ocurrió a usted con su película «El golfillo de Avaptés».

—Que qué me ocurrió. Pues nada, que después de poner yo parte de capital en la producción y mi trabajo personal, ni lo recogí, ni me pagaron, ni nada. El otro socio, fué un socio muy sucio.

—¿Entonces cree usted «Pitouto» que debería crearse una



Buster Keaton, Polly Moran, William Buster, Sally Eilers, Anita Page y Maria Dressler, en un descanso dedicándose a su trabajo más tranquilo, reposado y hogareño que el que han de desarrollar en los escenarios de la Metro-Goldwyn-Mayer

organización para defender los derechos del artista de cine?

—¡Nada de organización! Lo principal es tener dinero para defenderse. Todo lo demás son «historias». Ahora lo que si debería existir es que el Gobierno español apoyara de una manera directa la producción nacional.

—No pida usted ingenuidades, «Pitouto». ¿Cuál es su artista favorito? Ahora observaré su capacidad comprensiva dentro del globo cinematográfico.

—Charlot.

—«Pitouto» me observa boquiabierto y de pronto dice:

—A ver si va usted a decir que no.

Yo, intuitivamente, miro a su hombrín, sus zapatos planos y su bostoncillo.

—Y qué, de Hollywood, que...

—Dos veces estuve.

—¿Cómo?

—Que estuve para ir, pero no llegué a ponerme de acuerdo con las empresas. Yo como emigrante en tercera clase no voy. Creo que dan rancho, y yo, en esa cuestión de cocina, soy algo delicado.

—Sí, sí.

—¿Dice usted?

—Que es una gran realidad su exposición.

—Y es verdad. Prefiero vivir en París. Eso de Hollywood, es un cuento rosa. París de noche. Pero mi película «El golfillo de Avapiés», me han dicho que le han puesto este título para despistarme. Después que yo fui el organizador, busqué el capital, y otro se ha aprovechado. Eso no me deja dormir. Son momentos tristes. Ver que se está poniendo una película de uno, con éxito, y no se ha cobrado un céntimo. Y los otros, haciéndose ricos.

Cruzamos otra calle. «Pitouto» se desvía de la dirección que marcan los clavos el paso para peatones. Yo le sujeto por el abrigo, el guardia iba a regañarle, pero cuando le reconoce, sonríe.

—«Pitouto» tiene su personalidad de actor cinematográfico

en París. Ha actuado en casi todos los estudios franceses: «Vandal y Delac», «Tobis»... Tiene contrato con «Augusto Gerulca», otro pendiente con «Nord Films», se le quiere y distingue en los estudios parisinos.

En camino nuevamente le formulo una nueva pregunta:

—¿Qué film conceptúa como mejor de la temporada, «Pitouto»? Yo tengo formada mi opinión. A ver si coincidimos.

—Para mí «Le roi des rosquilleurs».

—Si me promete no entrar más a comer en un restaurante de chinos contaré lo que le ha pasado con su película a los lectores de FILMS SELECTOS. Además, hablaré de su trabajo en los estudios franceses. Tendrá usted ocasión de ponerse en contacto con el público, con sus admiradores.

—Para mí será una honra y yo quedaré a usted muy reconocido.

—Hay artistas de cine majaderos que se creen que el periodista está obligado a hacerles la entrevista. Porque estén en un estudio importante, o porque hayan hecho simplemente un buen film. Pues es usted el primero que me da las gracias, con un agradecimiento de sinceridad. Y para mí es usted un buen cómico.

«Pitouto» masculla algunas palabras en voz baja.

—¿El qué? ¿Que diga a las muchachas barcelonesas que son muy guapas? Ya lo saben ellas. Además, esto lo han dicho ya otros artistas.

—Pues entonces que irá muy pronto a Barcelona. Que quiero mucho a Cataluña, que tengo muchos amigos allí, y...

«Pitouto» se vuelve de pronto y grita:

—¡Mimi! ¡Mimi!

Salte velozmente tras una muchacha alta, fuerte, con una cabellera rubia espléndida.

Yo continúo mi camino. Encuentro perfectamente asequible una mujer en la hora del té, pero por la mañana es algo que considero absurdo.

LUIS SÁNCHEZ DE MORALES
París, abril

Escena de la película
Paramount, cuyo pro-
tagonista es JACKIE
COOGAN (ex Chi-
quilitín) "Tom Sawyer"



Graciosa escena de la
película "La dulce
Kitty" de Control
Cinemas



—Usted perdóneme, vengo de una boda — dijo la condesa, al verse inesperadamente delante de un hombre tan ligeramente vestido, pues en la rapidez y precipitación de la huida, la encantadora Elena, no había tenido tiempo ni tan siquiera de cambiar de vestido.

—¿Adónde va usted? — preguntó el revisor.

—No sé. ¿Adónde va el tren? — inquirió Elena.

—¡A Monte-Carlo! — replicó, lacónico, el revisor.

—Dos billetes para Monte-Carlo — dijo Elena.

Amanecía, y Elena, con Berta, su fiel criada, por única compañera, veía pasar veloces por la ventanilla del vagón, los campos sonrientes en una primavera eterna y hasta sus oídos llegaban los ecos de las canciones con que los campesinos, con el cuerpo encorvado sobre el arado, alegraban sus faenas:

«Tras el horizonte azul — espera el nuevo día. — Tras el horizonte azul — ya resplandece el sol.»

Y cual alegre pajarillo que de un solo golpe quisiera emborracharse de libertad, Elena dirigió una última mirada a la campiña feraz y encerrándose en sus íntimos pensamientos, respondió a la canción de los campesinos con este canto de juventud y optimismo:

Vuela rauda el tren
hacia el futuro
dejando tras de sí
el triste pasado...

cuyo eco se perdía confundido con el ruido del tren en vertiginosa marcha hacia Monte-Carlo, tierra dorada de ilusión y desengaño.

La condesa Elena Mara ocupa tres elegantes habitaciones en el aristocrático Hotel Palace. Berta, su doncella de confianza, está atareadísima haciendo números y cálculos, pues no acierta a comprender cómo su ama podrá hacer frente a los enormes gastos que supone su estancia en Monte-Carlo, con el rumbo a que ella estaba acostumbrada.

La escasez de medios pecuniarios para afrontar la situación, no dejaba de preocupar asimismo a la condesa Elena, como nos lo deja entrever el siguiente diálogo sostenido entre ama y criada:



MONTE - CARLO

PELÍCULA PARAMOUNT

—¿Cuánto dinero nos queda, Berta? — preguntó Elena.

—Solamente nos quedan diez mil francos — contestó con acento triste la interrogada.

—Con diez mil francos ganaré mi libertad y mi felicidad en el tapete verde del casino. El primer día me conformo con cincuenta mil francos, con los cuales el segundo día ganaré cien mil..., trescientos mil..., ¡millones! — exclamó con entusiasmo la bellísima Elena.

Todo nos hace suponer que las ilusiones de la condesa Elena Mara no hubieran pasado de ser ilusiones! si la fortuna, que siempre parece velar por las mujeres hermosas que se encuentran en trances difíciles, no le hubiese deparado la amistad del conde Rodolfo Farrière, joven, elegante y, sobre todo, muy decidido en amorosos lances, quien, haciéndose pasar por peluquero famoso, logró introducirse en el corazón de la con-

desa. Rodolfo Farrière, que había heredado de su padre, si no una saneada fortuna, por lo menos un caudal inmenso de supersticiones relacionadas con el juego, logró, sin descubrir su ilustre abolengo, que por las blancas manos de Elena pasaran algunos miles de francos que le permitieron, siquiera temporalmente, continuar en el tren de lujo a que estaba acostumbrada.

Pero la deidad alada es veleidosa y ciega, y pronto la condesa Elena, por intermedio de su fidelísima doncella, se vio forzada a despedir a sus criadas, a su chófer..., y finalmente hubiera despedido a su peluquero, si una noche, cuando menos lo esperaba, no hubiese aparecido en el hotel el nunca bastante ponderado Otto von Liebenheim dispuesto a todo, incluso a olvidar el pasado, si la condesa consentía en casarse.

—He huido tres veces de ti por hacerte un bien, Otto, pero hay momentos en que las mejores intenciones se convierten en humo, especialmente si no hay dinero — dijo con tristeza Elena a Otto en la primera entrevista que tuvieron a la llegada de éste a la condesa.

a Monte-Carlo en persecución de la es-

quiva condesa.

—Tú eres hermosa y yo soy rico, Elena, casémonos y verás como seremos la pareja más feliz de la tierra — atajó Otto, quien, por lo visto, no escarmetaba.

Pero Elena le advirtió: —Imposible, Otto. ¿No comprendes que si me casase contigo sería por el dinero?

—¿Acaso pongo yo algún reparo en ello? — preguntó Otto con resignación digna de un santo.

—Eres tan bueno que quisiera poder amarte — exclamó Elena mientras empujaba disimuladamente a Otto hacia la puerta.

—Ven a buscarme esta noche para ir a la Opera — le dijo Elena a manera de despedida.

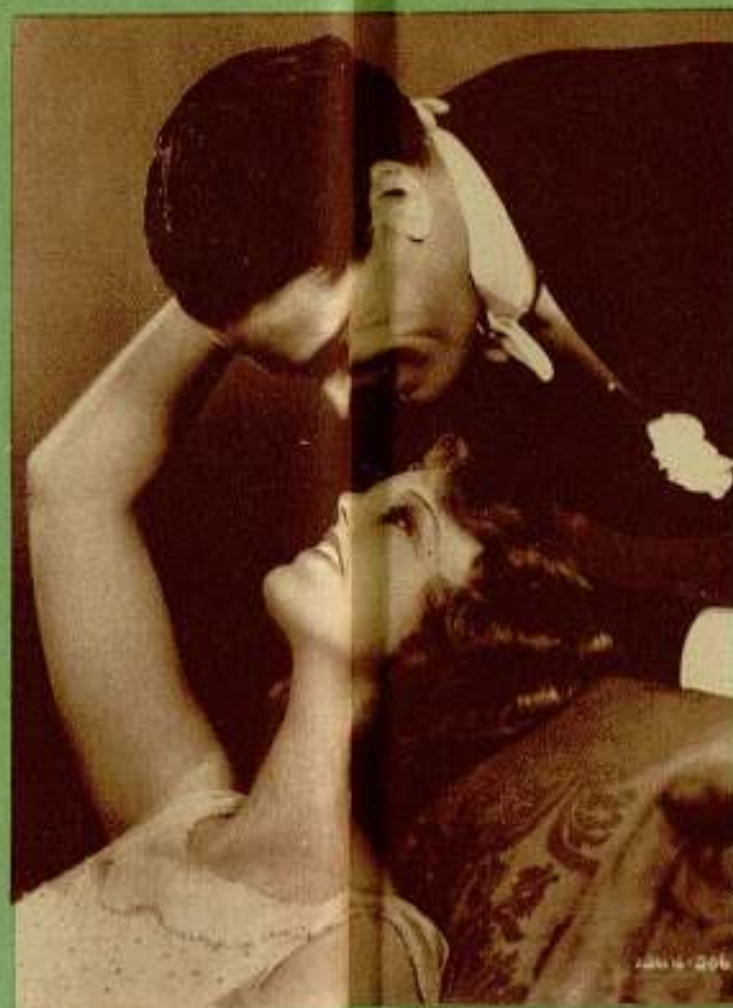
Aquella noche en el Gran Teatro de la Opera de Monte-Carlo, se daba la primera representación de la ópera *Monsieur Beaucaire*, y, como es natural, a ella no debía faltar en modo alguno la condesa Elena Mara, acompañada del duque Otto von Liebenheim, con quien debía ocupar uno de los palcos reservados para la realeza en las grandes ocasiones. (Continuad.)



Elegante traje de sociedad, acompañado de amplia y larga echarpe, presentado por la eminente estrella Gloria Swanson.

MONTE-CARLO

Varias escenas de la más moderna producción de Ernesto Lubitsch, recientemente estrenada, con el beneplácito de los buenos aficionados al séptimo arte.



"Five more minutes and I would have been married."



MUJERES BONITAS. — Más que bonita es graciosa y atractiva la gentil estrella pelirroja de la Paramount, Clare Bow. En este retrato la vemos en una escena de la película "Fiel a la marina".

La estrella y el reflector

por E. B. Valero



ellos pensamientos que a ella misma le sorprenden por su novedad. Son pensamientos favorables, de simpatía y afecto, para las potentes pupilas luminosas. Su mirada tropieza con un traje de mecánico que está abandonado sobre un mueble, y, sin vacilar, se lo pone después de despojarse rápidamente de su elegante vestido.

Una fuerza extraña la arrastra a una estrecha escalerilla adosada a la pared, por la que sube a la galería que da la vuelta al escenario. En ella, distanciados a trechos regulares, descansan los reflectores.

La estrella se sienta en la barandilla, junto a uno de ellos, y asoma la cabeza al foco luminoso. La retira en seguida, deslumbrada.

ESTRELLA. — Me has cegado. Brillas como un sol.

REFLECTOR. — Te extraña, ¿verdad? Creías que sólo tú tenías luz propia, luz de estrella. Tu mismo fulgor, y también tu vanidad, te cegaban, te impedían ver que a tu alrededor estaban siempre estos amigos generosos que reparten su luz entre vosotros, los artistas. ¿Se te ha ocurrido pensar lo que pasaría si de pronto, cuando la cámara está recogiendo el esplendor de tu arte, nos apagáramos? Tu esplendor se apagaría también inmediatamente y no serías más que una sombra confusa en el celuloide y en la pantalla.

ESTRELLA. — También yo tengo luz propia. Soy una estrella.

(Continúa en la página 34)

Al salir de su camerino, la estrella se detiene en el umbral con un movimiento de sorpresa. El enorme tinglado del estudio, ciudad sin viviendas, pero con filas de escenarios, departamentos de máquinas y otras dependencias que forman calles, plazas y callejones, aparece bañado en sombras y sumido en un profundo silencio de reposo. Es como si durmiera, fatigado, después de las actividades de la jornada.

La artista comprende lo que ha sucedido. Todos se han marchado, ignorantes de que ella estaba aún allí. Por eso han apagado las luces, han enfundado las máquinas y han cerrado las puertas.

Pero no siente contrariedad por lo ocurrido. Está absorta, como encantada, ante el espectáculo, nuevo para ella, que se ofrece a sus ojos y a su alma. Sólo había visto el estudio a las horas de trabajo, cuando todas las piezas del formidable engranaje se mueven al ritmo de una producción intensa, cuando palulan por las inmensas salas ejércitos de artistas y de empleados, cuando por las lumbreras se filtra la luz del día o millones de vatios deslumbran desde las lámparas eléctricas. Ahora, en cambio, ni luz, ni movimiento, ni ruido. Un augusto reposo, una paz que llega al alma.

Al avanzar, con lentitud de sonámbula, por entre la doble fila de tinglados independientes, se detiene sorprendida al ver que hay luz en uno de ellos. ¿Habrá alguien allí? Entra, lanza un grito de llamada; nadie contesta. Sin duda se han dejado las luces encendidas por descuido. Y al advertir que estas luces son de los reflectores, la estrella tiene para





Helen Twelvetrees, Carmelita Geraghty y Lilyan Tashman en la película «Millie», nueva producción de Chas. E. Rogers, en la que Helen Twelvetrees tra Pictures.

en la película «Millie», nueva prueba por primera vez para la Radio (Exclusiva para FILMS SELECTOS).

Una nueva «ingenua» que triunfa

Experimento curioso. - Los perfumes y el cine. - ¿Los olores, los colores y los sonidos guardan relación entre sí?

Helen Twelvetrees, a quien el advenimiento de las películas sonoras encumbró, no sólo por su juventud y belleza sino también por su admirable técnica dramática, al pináculo de la gloria cinematográfica, es una de las personalidades más distinguidas y solicitadas de Hollywood. Helen es, sin embargo, de un carácter sumamente retraído, y aunque posee una mente soñadora y amiga de la investigación, prefiere, en todas las ocasiones, escuchar atentamente y guardar siempre, exceptuando entre el reducido grupo de sus intimidades, un absoluto silencio.

Como actriz, Helen Twelvetrees es más intuitiva que analítica. Cuando trabaja nos parece ver en movimiento todo un potente mecanismo humano que, despojándose por completo de su personalidad propia, tiende a alcanzar, instintivamente, la personalidad intrínseca del personaje que está representando. Dramatizar para ella no es una simple profesión técnica sino más bien una expresión

natural de la misma fuerza creativa que despierta su insaciable pasión por la música y que con frecuencia y maestría ha buscado, desde que era niña, expresión propia en magníficas pinturas.

Helen Twelvetrees nació en Brooklyn y se educó en el «Brooklyn Seminary», de donde ingresó en la «Liga de Artes Liberales» y más tarde en la «Academia de Artes Dramáticas».

Una vez que hubo terminado sus estudios comenzó a trabajar con los «Walker Players» de Nueva York, en donde tuvo la oportunidad de ser la protagonista de «An American Tragedy», «Yen», «Roulette», «Broadway» y «Elmer Gantry», una de las más renombradas novelas de Sinclair Lewis, quien obtuvo recientemente el Premio Nobel de literatura.

Miss Twelvetrees sirvió también de modelo en varios estudios de jóvenes pintores cuando estaba en la Academia de Artes Liberales y antes de comenzar su carrera profesional.

En el año 1929 una de las grandes compañías de cine llevó a Helen Twelvetrees a Hollywood para que trabajase en «The Ghost Talks» y luego en «True Heart» y «Blue Skies». Su bellísimo metal de voz, su admirable cuerpo fotogénico y su gran habilidad dramática han tejido su envidiable prestigio y su pequeña estatura, (5 pies 3 pulgadas) 1'57 metros aproximadamente, su esbeltez, sus delicadísimas facciones, sus ojos azul turquí y su pelo rubio y ondulado han contribuido a que se la considere como una de las más perfectas ingenuas.

Miss Twelvetrees dijo recientemente a un reportero curioso que deseaba conocer cuál era su vida en la Meca del cine:

«Mi vida en Hollywood es retraída y silenciosa. Solamente frecuento la colonia artística cuando, algunas noches, deseo consagrar varias horas al baile que me parece, además de una amable diversión, un gran ejercicio para mantener nuestras formas cinemáticas. Por

las noches gusto de salir en mi auto, el cual guio yo siempre, a pasear bajo la espléndida luna de California, por nuestras admirables carreteras, a cuyos lados se admira constantemente una vegetación frondosa y lozana que, a mí, me invita a soñar y a pensar. Las tardes las paso en la playa, (pues soy muy buena nadadora), o montando a caballo o jugando al golf. Déjeme advertirle que para mí la vida no es sólo diversión y recreo. Me encantan algunos de los quehaceres domésticos, sobre todo cocinar. Pero, eso sí, odio lavar y arreglar la casa. Soy muy diestra en el manejo de la aguja y coso casi toda mi ropa de casa. Siento, además, afición por los deportes y no pierdo nunca un match de boxeo. En música todo me gusta, desde el jazz hasta Wagner.»

Como dato curioso os contaré, queridos lectores, que, según dicen, Helen Twelvetrees ha hecho recientemente un experimento que probablemente revolucionará los estudios de Hollywood. En una de sus últimas películas para Pathé, titulada «Her Man» (Su hombre), tiene constantemente (debido a la intensidad de su papel) que estar pasando por una serie sucesiva de diversas emociones, y para poder alcanzar la máxima justeza en cada una de ellas, ha recurrido a los perfumes.

«Yo encuentro — dijo Helen en una reciente entrevista — que el sutilísimo perfume de las lilas me sugiere una emoción muy peculiar y definida. Voy a explicarme: Cuando estoy representando un papel en que se requiere una emoción profunda, pero sin recurrir a la acción, esto es, un amargo sufrir en silencio sin lágrimas, yo uso esencia de lilas. Me atrevo a asegurarle que el efecto es puramente psicológico, pero de todos modos decisivo. Cuando percibo este perfume me siento transportada a una amarga y silenciosa quietud campestre y siento al instante el efecto preciso que necesito para filmar esa escena.»

Miss Twelvetrees trabaja con ahínco en descubrir los peculiares efectos que tienen en ella los diferentes perfumes y el color que ellos le sugieren. En escenas de viva y excitante acción donde las emociones dominan, ella usa un perfume fuerte y sensual extraído de las rosas.

«Invariablemente — dice — yo lo veo rojo. La esencia dominante de las rosas produce en mí el efecto de una música sonora.»

En escenas de alegría diáfana en que necesariamente debe ella sentirse optimista y amante de la vida, usa «lirios del valle» y en escenas de amor, un fuerte y penetrante perfume oriental.

«El color que este perfume me sugiere — dice y se ríe — es púrpura.»

La eficacia de este experimento parece estar comprobado no solamente por



Helen Twelvetrees revela su belleza y grandes dotes artísticas en su interpretación de la cinta «Millie». (Pose especial para FILMS SELECTOS).

la admirable labor de miss Twelvetrees en «Her Man», sino también porque Marjorie Rambeau, que trabaja con ella en esta película, ha adoptado el procedimiento.

La idea sugiere admirables posibilidades. Si esto llegara a sistematizarse in-

dudablemente la atmósfera hollywoodense podrá percibirse desde lejos. Helen no ha ofrecido sugerencias psicológicas para las comedias, pero es de creer que pronto habrá raras esencias para las comedias de dos rollos.

P. R. VON LICHT



Cisco no olvidó jamás las emociones experimentadas el día que su padre le llevó consigo a la capital, cuando era un rapazuelo.

—Mira, Cisco — le decía su progenitor —, eso es un tranvía.

Y él apenas si podía seguir con su mirada atónita aquel armatoste colorado que huía como una vaca haciendo sonar su esquila.

—¿Ves? Eso es el monumento a Colón.

Y sus ojos, embriagados de vértigos, se paraban como unos gorriones sobre el dedo envarado de la estatua.

—Eso es un navío — dijo el muchacho.

¡Cuánto palo y cuánto cordel! Eran unas redes que cazaban sus sentidos a la deriva.

—El elefante, mira...

Aquello era un botalo enorme con pates y dos colas.

Cisco, que ya ha pasado su juventud y se halla en la madurez, repasa sus recuerdos y no halla otros más agradablemente grabados en su memoria que estos de su infancia, y contemplando a su primogénito, que ya ha cumplido los siete años, concibe el proyecto de un experimento que se promete delicioso. Irá con su hijo a la capital que no ha vuelto a ver desde el lejano acontecimiento de su boda.

Tal como hizo con él su padre, le enseñará las curiosidades que encierra y en los ojos admirados del niño revivirá aquellos goces que por sí solo no podría ya gustar.

Además, este paseo era un deber paternal.

Tal como le habían hecho conocer los

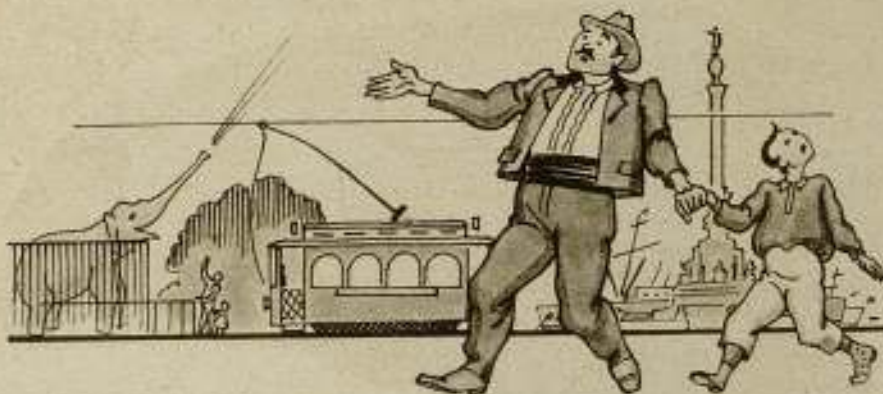
esplendores mundanos, contribuyendo a desvelarle la inteligencia, aletargada en la apacibilidad de Villalpino, quería que su Paquito empezara a darse cuenta de que en el mundo había algo más que los terruños rojos del pueblo natal.

Y ya los tenemos entrando en la gran ciudad después del largo traqueteo del tren.

Al punto de atravesar la primera avenida, Paquito dice:

—Mira, padre, eso es un autobús.

Era un cajón enorme puesto de canto que oscilaba de una manera alarmante y dejaba un rastro como la raposa.



Cuando se acercaban a Colón, un raro zumbido hizo levantar los ojos del niño.

—¿Ve usted? Eso es un avión.

¡Cualquiera hubiera dicho un mosquito!

Y en eso llegaron al puerto.

—Mire, la antena de la radio de este trasatlántico.

El pobre Cisco estaba admirado: aquella fraseología desconocida no orientaba su curiosidad desconcertada.

De vuelta del puerto, el hombre miraba a hurtadillas a su vástago, que le parecía otro.

Una mujer con un maquillaje super-

realista, un traje escotado por arriba y por abajo y unos muslos con bisagras descompuestas pasó cerca de ellos.

Paquito exclamó al verla:

—Toma: una mujer fatal...

El pobre Cisco estaba aniquilado.

Se sentía empequeñecer mientras su Paquito crecía desmesuradamente, trocándose los papeles.

Al llegar delante de un café muy emperifollado, el niño prodigio lo señaló, diciendo:

—Un cabaret.

Muy cierto es que el buen hombre vivía unas emociones mucho más intensas de lo que hubiera podido nunca suponer.

TOMARON de nuevo el tren, que zarrandeó de lo lindo al meditando padre y al hijo, que esperaba el reintegro a su base con una tranquilidad de persona ducha en el dinamismo de las grandes urbes. Poco faltaba para llegar al final del trayecto.

De pronto, Cisco, excesivamente torturado por el estupor, mirando de hito en hito al fenómeno de su heredero, le preguntó:

—¿Cómo puede ser que tú, que no has salido nunca del pueblo, sepas y conozcas tantas cosas de las cuales yo no tenía la menor noción? Todo eso del tabús, del vión, de la antonia, del lán-tico, del camaré...

Y Paquito, sorprendido de la pregunta tan ociosa que le hacía su padre, respondió:

—Como que cada domingo todo eso lo vemos en el «Gran Salón Cine Palace Villalpinoense»...



DE ATARAZANAS ● AL COLISEUM ●

por G. B. Ciudad

Yo he gustado las primicias del arte mudo en Barcelona. Fué en una época — ¡ay, bastante remota! — cuando, niños todavía, nuestra curiosidad era mayor que nuestra inteligencia. Y fué en el cine de Atarazanas. Pero ¡qué cine, amigos míos! Imaginaos un entoldado de regular capacidad — inmenso a nuestros ojos infantiles —, donde la gente, grandes y chicos, burgueses y menestrales, obreros y soldados, apretujábanse atropelladamente, continuamente, para penetrar en el salón de proyecciones. ¡Y qué «salón» aquel! Revestido de negro, sombrío, por todo decorado, y como acomodo un sinfín de largas hileras de tableros sin pulimentar, que oscilaban y crujían amenazando en todo instante un probable derrumbamiento bajo el peso de centenares de inquietos espectadores ávidos de presenciar los volatinos estrafalarios e imposibles de un payaso cualquiera (precursores de nuestros grandes «ases» de hoy), o los cambiantes colores de una danzarina envuelta en inconsútiles gasas, o, ya más vario, las misteriosas escenas de *Aladino*, de aquel Aladino cuyas proezas nos eran ya familiares por las minúsculas y predilectas páginas de la biblioteca Calleja y cuya adquisición era lograda a costa de nuestra cotidiana merienda.

Era el cinematógrafo, como espectáculo, cosa nueva en Barcelona, y la gente acudía a él con tal deleite y fruición, con tal algaraz y regocijo, que, llevados del entusiasmo, más de una familia adquiría billetes para dos o más sesiones consecutivas — sesiones de una hora escasa de duración —, aun a sabiendas de ver repetidas las mismas proyecciones. Tal era la curiosidad e interés con que el público acogió el nuevo espectáculo.

Y la concurrencia resultaba ser tan numerosa y tan pingües las ganancias, que basta decir que el Ayuntamiento, finido el plazo concedido a la empresa del Pabellón, le impuso varias multas por negarse ésta a retirarlo, multas que se pagaban sin el menor reparo porque su cuantía no llegaba a ser, ni con mucho, la de los beneficios obtenidos, hasta que, por fin y merced a enérgicas medidas, logróse la total desaparición del entoldado de punto tan céntrico como era la Puerta de la Paz.

Desde entonces, y visto el éxito alcanzado por el nuevo espectáculo, varias fueron las empresas que se apresuraron, en más o menos reducidos locales, a abrir salones cinematográficos. Pero el negocio, pasado el primer período de curiosidad, decayó un tanto, más que por el espectáculo en sí, quizás por la enorme crisis que entonces atravesaba nuestro país, debido a la pérdida de las colonias y la guerra con los Estados Unidos. Además, espíritus exclusivistas e intransigentes no ocultaron su aversión hacia el cinematógrafo, que llegaron a calificarlo de «espectáculo exclusivo para niños y soldados».

Pero el cine, pese a sus incontables detractores en su evolución, lograba alcanzar bien pronto proporciones inusitadas, y, deviniendo cada vez más artístico y atrayente, lograba que el público se compenetrara más en él y se consagrara definitivamente.

Hoy el arte mudo, con sus variantes el sonoro, ha llegado al pináculo de su esplendor. Aceptado por todo el mundo, y aun por aquella crítica iconoclasta e intransigente de otros tiempos, ocupa un lugar preferente en las hojas volanderas, en la revista y aun en el libro. Y si bien no está exento de estulticia y vacuidad — cosas éstas inevitables cuando la producción es excesiva y está sujeta a ciertos mercantilismos desaprensivos —, ha logrado, pe-

(Continúa en la página 24)



FILM FOX
actriz de la Fox



(Continuación.)

LILION

— PELÍCULA FOX —

Y como ella contestara negativamente con la cabeza, replicó él duramente: — ¡Mientes! No habrías aceptado tan fácilmente venir conmigo. No te hagas la gatita muerta.

— Prefiero estar aquí y escucharle a usted — respondió ella —. ¡Qué feliz me siento, señor Liliom!

Y al decir esto, clavaba en el joven sus ojos inmensos, de un azul verde, y el óvalo de su cara se alargaba dando a sus facciones una expresión extática.

Liliom, sin abandonar su aire de superioridad, tuvo un elogio para aquellos ojos que le ofrecían, entera, una vida, pero no dejaba de experimentar cierta inquietud al ver que aquello parecía tomar mayor alcance que el de una simple aventura.

Llamó al camarero y pidióle la cuenta al mismo tiempo que le decía:

— Voy a pagar el gasto, Carl. Es algo nuevo para mí. —

Acto seguido se levantó, hizo con la cabeza un ademán imperativo a Julia para que le siguiera y ambos echaron a andar, taciturnos, por el parque.

El iba delante, cabizbajo y pensativo. Detrás seguía ella, medroso el paso, sujetando con las manos a la altura del pecho los bordes de la colgante mantilla, en actitud recogida, casi religiosa. De vez en cuando, Liliom se detenía, se volvía a mirarla, extrañado de hallarla allí siguiéndole, resignada y sumisa. Cuando esto ocurría, Julia se paraba, temerosa de que no la dejase continuar, y luego echaba de nuevo a andar, cuando él lo hacía.

Por fin, en una de estas vacilaciones, Liliom retrocedió unos pasos y al llegar a donde estaba la joven, cogióla suavemente de la mano y ambos continuaron así su camino incierto.

Llegaron a un bosquecillo vagamente iluminado por las luces, cada vez más escasas, de la feria. El carrousel se había cerrado ya, y Liliom, sentado al pie de un árbol, con la cabeza entre las manos, reflexionó:

— El carrousel, sin mí, se cierra. Podría volver a él. Madame Muscat me aceptaría en el acto.

— ¡No vuelvas, Liliom! — suplicó Julia.

El hizo ademán de conformarse con la voluntad de ella y luego, mirándola fijamente, preguntóle:

— ¿Has tenido algún amante alguna vez, Julia? —

— Me quedé para no dejarte solo — contestó ella, compungida.

— Pues fuiste tonta. Puedo conseguir tantas muchachas como quiera, y no sólo sirvientas, sino institutrices y hasta señoritas. —

En aquel momento acertaron a pasar por allí dos guardias y al ver a Liliom a solas con aquella muchacha que se adivinaba incauta, advirtieron a ésta que se andara con cuidado, pues Liliom engañaba a muchas con promesa de matrimonio y, encima, les quitaba el dinero. A lo cual objetó Julia:

— No tengan cuidado, señores. Liliom es un perfecto caballero. —

Quedaron solos otra vez y Liliom preguntó a la muchacha:

— ¿No tienes miedo a que te quite el dinero, como dijo el policía? —

— No me lo puedes quitar — respondió ella —. No tengo, pero si lo tuvieras te lo daría todo a ti.

— ¿Y si te dijera que me quiero casar contigo, te asustarías? —

— Nada que pueda hacerme la persona a quien yo quiera, me asustaría. Ni el que me matara. —

Tres meses después, Liliom y Julia vivían juntos en casa de una tía de la joven. Liliom seguía sin trabajo, y dejaba transcurrir los días sumido en la indolencia más completa, soñando siempre en mil concreciones vagas de los múltiples anhelos de su espíritu contradictorio e inquieto. Ama a Julia, pero nunca se lo dice a pesar de que ella trabaja y se desvive por él, mimándolo y defendiéndolo contra los ataques de su tía, que no ve en él más que un holgazán que quiere vivir a sus expensas. Acostumbrado a la vida errante de las gentes de circo, empieza a sentir el terrible enervamiento de la calma monótona del hogar; su humor se torna sombrío, su carácter muda y, creyendo que es Julia la que cambia y se pone contra él, llega a pegarle cruelmente, injustamente.

(Continuará.)



YA SE ACERCAN LOS DÍAS CALUROSOS

Será para Vd. una delicia librarse de sus rigores llevando una Faja o Corsete Extra Ligera

Warner's

(Patentadas)

Ligeras como una pluma, transparentes y frescas, moldean perfectamente el busto.

Dan la sensación de no llevar prenda ninguna, pero sujetan eficazmente, proporcionando la nueva silueta esbelta y juvenil.

Las prendas extra ligeras WARNER'S, de "voile double" son inviolables y de resultado garantido.

Principales puntos de venta:

Madrid: El Patacho, Carrera San Jerónimo, 4.—Barcelona: G. A. «El Siglo», Sección Corsete; Corset Higiénico, Lauria, 49; Corset Americano, Boquería, 25; Paris Corset, Salmerón, 21; La Conda, Puertaferrera, 28; Corsetería Imperio, Fernando, 31.—Cartagena: Narváez, Mayor, 40.—Castellón: Soriano, Colón, 21.—Gerona: Roig, Hortas, 1.—Málaga: Aguja Oro, Nueva, 14.—Oviedo: Amparo, Magdalena, 18.—Palma: Lussalla, San Nicolás, 29.—Reus: La Parisiense, Montecols, 11.—Sabadell: La Española, Baja Iglesia, 3.—Salamanca: Almacenes Rodríguez.—San Sebastián: Serusaola, Hernandí, 8.—Santander: Gallo de Oro, Atarazanas, 16.—Sevilla: Velasco, Sagasta, 1; Gómez, Velázquez, 2; El Siglo, Villanueva, 1.—Tarragona: La Moderna, Unión, 6.—Tortosa: La Parisiense, Ciudad, 5.—Valencia: Casa de París, Plaza M. Benlloch, 1.—Zaragoza: Corsetería de la Real Casa, Coso, 9; etcétera, etcétera.

GRATIS

recibirá el interesante librito ESBELTEZ con la dirección del vendedor de su localidad mandando el cupón adjunto.

A. BLOCH - Rambla Cataluña, 11, Barcelona

Mande GRATIS el librito «Esbeltéz»

Nombre

Calle

Ciudad

Prov.

LO QUE DICEN LAS ARTISTAS DEL CINE

La gentil June Collier bien conocida por su hermosura y su arte, dice así:

«Confesaré que no doy tanta importancia a los resultados de los gabinetes de belleza como la mayoría de las mujeres. Creo que si se tiene alguna belleza natural y se desea conservarla, no hay nada mejor que la atención y cuidados que una misma puede prodigarle».

Conozco más de una mujer bonita que por abusar de las bebidas se hizo antipática, por haberse vuelto de voz cavernosa; conozco muchas desdichadas que no han hecho absolutamente nada por evitar la caída del busto... Es sencillamente absurdo que en algo tan fundamental como es la estética de la propia persona se incurra en olvidos tan lamentables. Otro error, a mi ver es querer dar consejos universales ignorando que lo que a una le conviene, a otra puede serle fatal... He aquí por qué yo voy a limitarme a dar a conocer a cuantas mujeres me hacen el honor de leer estas líneas los métodos de que yo me valgo para conservarme fresca, activa y juvenil.

Hablemos primero del sueño; yo duermo sistemáticamente, sin robarle un minuto a mi necesario reposo, siete horas diarias. Inmediatamente que despierto me levanto. Un sueño tranquilo es lo mejor que existe para la belleza y para la salud.

En cuanto a alimentación, como poco; especialmente, poca grasa. En verano, alimentos frescos: verduras, frutas, legumbres. No abuso del café, y las golosinas tan sólo las pruebo. Se paga muy caro el entregarse al gusto para las golosinas.

Mi método para reducir peso cuando excede del que me conviene es sumamente sencillo. He aquí mi régimen dietético: por la mañana, jugo de naranja; al mediodía, una costilla de cordero o de ternera, ensalada de frutas y café sin azúcar; por la noche, jugo de naranja con un huevo batido. Este sistema, aplicado rigurosamente durante una semana, me da los mejores resultados. Y a la vez mejora el color de mi cutis.

Hago bastante ejercicio, pero sin exceso. Fumo poquísimo. El café y el té los tomo siempre sin azúcar, y me encantan. Al espejo no le consulto demasiado; prefiero más bien preguntar su opinión sobre mi manera de vestir a alguna de mis amigas.

El equilibrio espiritual es otro factor que coopera a mantener la belleza, y no de modo secundario, sino principal, por lo que es preciso dedicarle la mayor atención. Ello es cuestión individualísima; pero de mí puedo decir que alcuzo un gran resultado combinando en mi vida diferentes clases de trabajo, mejor que una sola clase de trabajo, y distracciones. A mis tareas del «cine» agrego la práctica de los deportes, especialmente natación y ejercicio a pie. Sería inútil decir que me encanta el baile y que, en el terreno de las cosas serias, me siento feliz leyendo un buen libro o asistiendo a la representación de un buen drama o comedia.

Conservar la salud y la belleza es un arte de difícil aprendizaje; se necesita consagrarle esfuerzo, constancia, tiempo... Si mis palabras, basadas en la experiencia, llevan a mis lectoras alguna gestión, me consideraré muy dichosa.

Albani, Marcela, Berlín-Halensee, Paulsbornerstrasse, 13; Arnold, Gertrud, Berlín W. 15, Meinekestrasse, 8; Boni, Carmen, Berlín W. 15, Uhländstrasse, 150; Brink, Elga, Berlín W. 50, Pragerstrasse, 31; Christiana, Mady, Berlín-Charlottenburg, 1, Hismarktstrasse, 67; Christy, Lila, Berlín W. 15, Kurfürstendamm, 203-04; Corda, Maria, Berlín W. 42, Budapeststrasse, 18; Dagover, Lili, Berlín-Charlottenburg, Arysallee, 4; Dietrich, Marlene, Berlín-Wilmersdorf, Kaiserallee, 54; Hartenstein, Gertrud, Berlín N. 4, Chausseestrasse, 110; Harvey, Lillian, Berlín-Wilmersdorf, Dinseldorferstrasse, 47; Helm, Brigitte, Berlín-Dahlem, Im Winkel, 5; Horn, Camilla, Berlín-Wilmersdorf-Hohenzollerndamm, 207; Jacobini, Dünira, Berlín-Halensee, Cicerostrasse, 60; Jugo, Jenny, Berlín-Charlottenburg, Kaiserdamm, 29; Mara, Lya, Berlín-Charlottenburg, Pommernallee, 5; Maurus, Gerda, Berlín-Steglitz, Thorewaldstrasse, 25; May, Mia, Berlín-Halensee, Kurfürstendamm, 70; May Wong, Anna, del H. Eichberg-Film, Berlín W. 8, Friedrichstr. 171; Moja, Bella, Berlín-Charlottenburg, Lietzensee Ufer, 10; Nielsen, Asta, Berlín W. 15, Kaiserallee, 203; Ondra, Anny, Berlín W. 15, Kurfürstendamm, 178; Pension Bergfeld; Oswald, Ossi, Berlín W. 10, Hoenzollerndamm, 14; Pardo, Lila, Berlín W. 30, Metzstrasse, 87; Tschekowa, Olga, Berlín NW 23, Klopstockstrasse, 20.

ACTORES

Fritsch, Willy, Berlín-Charlottenburg, Kaiserdamm, 25; Gaidarov, Wladimir, Berlín-Halensee, Joachim-Friedrich-Strasse, 53; Gurtz, Georg, Waldsiederstrasse, Märkische Schweiz; Güetz, Karl, Berlín-Charlottenburg, Lohmeyerstrasse, 2; Greiner, Fritz, Berlín-Steglitz, Albrechtstrasse, 89; Hansen, Max, Berlín-Wilmersdorf, Brandenburgerstrasse, 25; Jacquet, Gaston, Berlín W. 15, Pariserstrasse, 27; Jennings, Emil, Berlín-Charlottenburg, Walzstrasse, 22; Kayser, Charles, Willy, Berlín SW 47, Katschbachstrasse, 15; Kraus, Werner, Berlín-Dahlem, Jonschwarzen Grund, 13; Lubitzky, Paul, Berlín C. 54, Alte Schönhauser Strasse, 58; Land, Hans, Berlín-Halensee, Kromprinzen-damm, 11; Larson, Viggo, Berlín-Wilmersdorf, Babelsbergerstrasse, 3; Liedtke, Harry, Berlín-Grünevald, Bismarkallee, 16; Mosjkin, Ivan, Berlín W. 15, Kurfürstendamm, 195; Pavanelli, Livio, Berlín W. 62, Kalkreuthstrasse, 16; Petrovich, Ivan, Berlín-Schmargendorf, Forckenbeckstrasse, 28; Piel, Harry, Berlín NW 7, Unter den Linden, 69; Polo, Eddy, Berlín W. 10, Von der Heyd-Strasse, 4; Richter, Paul, Berlín W. 50, Tauentzienstrasse, 10; Stuart, Henry, Berlín W. 50, Passauer Strasse, 17; Sim, Igo, Berlín-Schöneberg, Inselsbrunnenstrasse, 16; Trevor, Jack, Berlín W. 10, Bendlerstrasse, 9; Veidt, Conrad, Berlín-Halensee, Kurfürstendamm, 150; Winkler, Hans-Heinz, Berlín-Halensee, Joachim-Friedrichstrasse, 26; Ziel, Eugen, Berlín N. 54, Schwedter Strasse, 248.

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

First National Studios, Burbank, Calif.

Richard Barthelmess	Dorothy Mackall
Bernice Claire	Marilyn Miller
Doris Dawson	Colleen Moore
Billie Dove	Antonio Moreno
Douglas Fairbanks, Jr.	Jack Mulhall
Alexander Gray	Donald Reed
Corinne Griffith	Milton Sills
Doris Kenyon	Alice White
	Loretta Young

Edwin Carewa Productions, Tee-Art Studios, Hollywood, Calif.

Roland Drew	Leroy Mason
	Rita Carewa

LA ESTRELLA Y EL REFLECTOR

(Continuación de la página 17)

REFLECTOR. — Luz inexistente, que no hiere la vista...

ESTRELLA. — Pero que va directamente al alma. No es luz material, sino luz de emoción y de arte. ¿Cuál de las dos vale más?

REFLECTOR. — No quiero ofenderte, pero ten en cuenta que sin mí no sería posible la fotografía, que es tanto como decir que no sería posible el cinematógrafo. Y tu arte quedaría en las tinieblas.

ESTRELLA. — Podríamos prescindir de ti aprovechando la luz del sol.

REFLECTOR. — Es insuficiente. El triunfo mundial del cine se basa en la amplitud de la técnica. Habríais filmado a la luz del sol, pero el resultado habría sido un film deficiente que en modo alguno hubiera llevado al cine a su actual esplendor, que es el vuestro, el de los artistas. Voy a concederte que sin mí no quedaría tu arte en las tinieblas, pero sí en la penumbra.

BIOGRAFÍA DE



Jeanette Mac Donald

Contiene 38 preciosas fotografías en hircograbado de Jeanette Mac Donald y toda la verdad de su vida y su arte.

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

En todas las papelerías y quioscos o enviando su importe en sellos de correo a EDITORIAL GRÁFICA, Rambla de Cataluña, 66, Barcelona

ESTAMPAS DEL CINEMA

Publicación Artística Aparece los sábados

Contiene ocho grandes fotografías sueltas en cartulina, tamaño 20 x 15 cm. reproduciendo las más importantes escenas de cada película y completo argumento.

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

Están puestas a la venta las siguientes películas: ROMANCE, por Irene Sarria; DEL MISMO RARO, por Mosa Mena; EL GRAN CHARGO, por Maurice Chevalier; LADRON DE AMOR, por José Mojica; SIGUEME CORAZON, por Nancy Carroll; EL DIOS DEL MAR, por Ramón Pereda; HORIZONTES NUEVOS, por Carmen Guerrero; SEVILLA DE MIS AMORES, por Ramón Novarro; LAS LUCES DE LA CIUDAD, por Charles; SU NOCHE DE SODAS, por Imperio Argentina; MONTE CARLO, por Jeanette Mac Donald y ULLDM, por Charles Farrell.

En todas las papelerías y quioscos o enviando su importe en sellos de correo a EDITORIAL GRÁFICA, Rambla de Cataluña, 66, Barcelona

De Atarazanas al Coliseum

(Continuación de la página 21)

colocarse a la cabeza de las grandes manifestaciones de arte del mundo entero.

Y esto lo barruntábamos nosotros sentados cómodamente en un sillón de una de nuestras catedrales de la cinematografía, y después de presenciar la pro-

yección de un film sencillamente admirable, y lo barruntábamos al recordar, no sin cierta nostalgia y deleite, nuestra primera visita al cine de Atarazanas, donde nuestra curiosidad, mayor que nuestra inteligencia, contemplaba embelesada la metamorfosis de la «serpentina en colores», o las piruetas extravagantes de un payaso, explicadas por cierto con alguna donosura por un anunciador, probablemente oriundo de la provincia de Jaén.

Y al recordarlo, la admiración que he-

—Mi fulgor es natural y espontáneo. Lo llevo dentro de mí y hasta mi voluntad para exteriorizarlo. Tú en cambio, necesitas de unos hilos, de una llave, de una complicada instalación. No tienes la luz; te la dan.

—Mi luz es la electricidad y está ahí, en el aire que respiramos, poderosa e indestructible. Yo, para lucir, necesito el aparato, como lo necesitas tú. Creo haberte demostrado que sin estos hilos y esta llave, sin la cámara que filma y la máquina que proyecta, tú serías una sombra... Pero veo que te atormento. Estás triste, y eso me apena porque quiero ser tu amigo. Eres mi estrella predilecta, eres una gran artista.

—Te equivocas si crees que me entristecían tus verdades. Estaba triste porque me arrepiento de no haber sabido ver en ti, hasta ahora, al fiel e infatigable compañero de trabajo, al amigo bueno y afectuoso, cuya pupila luminosa ha seguido día por día y hora por hora mi evolución ante la cámara. Perdóname.

—¡Cuánto me alegra oírte hablar así! ¿De veras seremos desde hoy buenos amigos?

—Desde hoy y para siempre.—

J. B. VALERO

UN CUTIS DE PORCELANA

terno, fino, transparente, será la envidia de sus amigas; lo obtendrá EN EL ACTO de aplicarse un poco de ESMALTE MILLAT

Fiéelo en las papelerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embelee instantáneamente, frasco 8 pts.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 pts.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 12 pts.

Enviando su importe en sellos a Especialidades MILLAT, Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 pts.

Caja grande . . . 6 "

DE VENTA EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS

distinguidos o, por lo menos, en aquellos que merecían tal nombre a juicio de Isabel y de sus amigos; pero, sea como fuere, el príncipe Pablo di Salvano, aquel hermoso, esbelto y moreno italiano, que, además, era aviador y tenía una figura muy romántica, conoció al viejo Samuel Callahan y a su hija Rosa. Los dos iniciaron el ataque contra Paolo desde el primer momento (es posible que hubiesen oído hablar de él y hasta que le hubiesen conocido mientras el joven vivió en California).

Los Callahan tomaron las más lujosas habitaciones del Ritz-Carlton, en donde daban unas fiestas estupendas, con objeto de que apareciesen sus nombres en los periódicos. Invitaron al príncipe Pablo di Salvano a almorzar y a cenar, lo llevaron a su palco de la Ópera y le hicieron dar numerosas vueltas en uno de sus dos o tres automóviles. Paolo dijo a Isabel que le era imposible evitar a los Callahan sin mostrarse descortés, tanto como alejar a una mosca molesta cuando se está medio dormido. E Isabel trató de persuadirse de que esto era cierto. Pero como era una mujer de mundo y en su carácter había ciertas tendencias mercenarias, pues confesó a Paolo que se casó con Miles Sheridan por ser el más rico de sus pretendientes, tenía momentos de horribles dudas. Y algunas de sus amigas, ¡malas lenguas!, dijeron que el viejo Callahan insistió en prestar dinero a Salvano con objeto de que pudiese pagar algunas deudas del *bridge* y del *poker*.

Sea como fuere, Miles desbrozó el camino en favor de su mujer. En el mejor de los casos no sería tan rica como Rosa Callahan, pero tendría bastante dinero. Además, era dos veces tan bonita como Rosa y eso tenía mucha importancia para un hombre que adora la belleza. Por otra parte, estaba muy bien relacionada con la buena sociedad de las mujeres jóvenes de Nueva York y en París, y cuando estuvo allí con su abuela, pudo trabar amistad con numerosas personas pertenecientes a la aristocracia. Cuando estuviesen ca-

sados, honraría a su marido en Roma; en cambio, Rosa Callahan, aunque nadase en oro, sería siempre una muchacha vulgar.

La confianza de Isabel en el futuro y en sí misma volvió a animarla después de la gran escena con Miles, y cuando éste emprendió el viaje que había de proporcionarle la libertad, se puso tan contenta, que incluso habría bailado de alegría. Mientras se bañaba por la mañana empezó a cantar y luego bajó la escalera como una muchacha de diez y seis años, y sin importarle el hecho de que tan sólo evitó engordar a costa de fatigarse en extremo en cuanto hacía el menor ejercicio violento. El medicamento ácido y desagradable que, para no engordar, tomaba fielmente tres veces al día, era muy debilitante, mas ya es sabido que siempre hay que hacer sacrificios para alcanzar lo que uno se propone. En todo caso estaba mucho mejor y más fuerte desde que abandonó una costumbre adquirida en Los Angeles, pocos años atrás. Entonces estaba, en realidad, un poco fatigada a consecuencia del trabajo que le impuso la guerra y que era preciso hacer para que la gente no la condenase. Y Liliás Leslie (es decir, la señora Anderson, con quien fué a California) la presentó, como si le hiciera un gran favor, a un club muy divertido, en donde daban fiestas muy extrañas, aunque verdaderamente fascinadores. Una de las diversiones consistía en tenderse sobre almohadones perfumados, para pasar la noche en una habitación maravillosa de la casa del presidente, vestida con un *pijama* adorable, hecho a propósito, y aspirando cocaína, tan sólo un poquito de polvo de una cajita de oro, o bien dándose inyecciones de la misma substancia o de morfina, o haciendo experimentos con *haschich*. Todo aquello resultó muy divertido y se figuró que no le sería nada difícil vencer la costumbre de tomar tales estupefacientes, como le llamaban en los periódicos formales. Pero luego se presentó Paolo di Salvano.

Lo conoció en Los Angeles. Era

ro Teresa no estaba satisfecha todavía, porque deseaba que la señora Harkness estuviese contenta, realmente contenta.

Más tarde y aquella misma noche, cuando la joven se hubo separado de Miles, después de pasear a la luz de la luna y rodeados de una claridad casi tan intensa como la del día, aunque mucho más encantadora, la anciana la esperaba para desnudarla.

— ¿Soy yo la causa de que esté usted triste o disgustada, señora Harkness? — preguntó Teresa.

— No, no, señorita — contestó la anciana.

— Dígame — continuó la joven — ¿Cree usted que el divorcio es una cosa mala?

— De ninguna manera — contestó la buena mujer —. Nací en el norte de Irlanda. No soy católica. Condeno los divorcios frívolos cuando se basan en diferencias de caracteres, pero cuando una mujer engaña a un hombre que confiaba en ella, aunque él no la amase y en especial cuando la engaña con un italiano, el divorcio es la única cosa que puede separar a las personas que nunca debieran haber contraído matrimonio. Estoy segura de que mi amo se ha portado como un mártir o como un santo. Y la señora Sheridan debiera estar atrodillada a sus pies. Si usted puede darle la felicidad que nunca ha tenido, no quiera Dios que yo me oponga, porque le crié cuando él era un niño, huérfano de madre. Y quisiera... pero ¿qué sacamos con desear cosa alguna? Hemos de aceptar lo que venga y además estar agradecidos.

— ¿Qué quisiera usted? ¿Algo con respecto a mí? — insistió Teresa.

— Dios me perdone, si con esto le ofendo, señorita. Mas ya sabe bien a lo que me refiero. Ya lo he dicho. Y ahora no volveremos a acordarnos de eso.

— Señora Harkness — dijo —, no puedo hablar de eso al señor Sheridan, porque él me dirigirá preguntas que todavía no puedo contestarle. Usted, en cambio, no me preguntará nada. No sé qué cosas

malas cree usted de mí, si bien estoy persuadida de que no soy tan mala como se figura. Desde luego no merezco al señor Sheridan más que porque le adoro, y de eso hace ya bastantes años. Pero he reflexionado mucho tratando de recordar todo lo que he llegado a hacer en este mundo y no he encontrado ninguna cosa que me haga indigna de casarme con el hombre a quien amo. En el convento no podía confesar mis pecados, porque no era católica, mas tenía la costumbre de preguntar a las monjas y pedirles consejo.

— Y ¿qué hacían entonces las monjas? — preguntó la anciana.

— Me acariciaban la mano y me llamaban querida hijita.

La señora Harkness meneó la cabeza, creyendo que las monjas fueron muy indulgentes, pero también lo era ella y no podía evitarlo. En aquella joven había algo que se apoderaba del corazón de los demás y despertaba la ternura de todo el mundo, obligando a los que la rodeaban a hacerla feliz a toda costa. Y la anciana se sentía culpable y feliz a un tiempo.

En la planta baja entregaron un telegrama a Miles Sheridan, con grande asombro por su parte, porque se figuraba que nadie conocía su paradero, a excepción del capitán del *Silverwood*.

Al abrir el despacho telegráfico, vio que era del capitán; su contenido merecía ser considerado asombroso. Miles apenas pudo creer que no se trataba de una equivocación o de una broma de mal gusto.

Sus pensamientos corrieron con gran velocidad y se detuvieron, por fin, al fijarse en Eustaquio Nazlo.

Este se había presentado dos veces desde el primer encuentro en Monte-Carlo, en Génova y en Nápoles. Podía atribuirse a una coincidencia del viaje su presencia en aquellos lugares, pero Sheridan no lo creyó así, pues estaba seguro de que el Rey del Cálzudo seguía deliberadamente al *Silverwood*, aunque se mantenía a cierta distancia para no ser acusado de impertinente. Y si también había

ido a Argel, no le sería muy difícil averiguar que Sheridan alquiló un automóvil y que en compañía de la señorita Divina se dirigió a Bousada.

Era, pues, posible que el telegrama no procediese del capitán. Tal vez se trataba de un ardor para obligarle a alejarse, a fin de dejar el campo libre en beneficio de Nazio, que así podría acercarse a Julieta.

Sheridan decidió telegrafiar en el acto al capitán Yale, rogándole que confirmase el primer mensaje, pro-

guntándole si lo había expedido él y si eran ciertas las asombrosas noticias que le comunicaba. Redactó el telegrama, mas aquella noche ya era demasiado tarde para expedirlo. Tal vez si su pregunta hubiera podido ser contestada en poco tiempo, habría logrado detraer algunas horas durante la noche, pero la demora que forzosamente habría de sufrir la satisfacción de su curiosidad le impidió conciliar el sueño, y por esto, al amanecer, estaba ya de nuevo en pie.

CAPÍTULO XXXI

Isabel Sheridan hubiese tenido la costumbre de rezar, cosa que no hacía, habría dado las gracias a Dios el día en que el «Silverwood» zarpó llevando a su bordo a Miles y a la famosa «Muñeca del Millón de Dólares».

Desde luego nadie sabía que estuviese enterada de aquella fuga; más tarde se enteraría de ello y fingiría escandalizarse y avergonzarse de tal comportamiento. Luego comprobaría la veracidad del rumor y pediría consejo a su abogado. Y ya con tan justa causa se evitaría la molestia y la demora de dirigirse a Reno para obtener un divorcio que, a veces, se concede con dificultad en los países extranjeros.

No dijo a Salvano que entre ella y su marido habían convenido un plan, gracias al cual ella quedaría legalmente libre. Después que Miles hubo sorprendido a los dos amantes y ella le confesó la verdad de un modo dramático y casi con orgullo, indicó a Paolo que no debían temer ningún escándalo que a él pudiese perjudicarle ante los ojos de su propia familia. Los hombres norteamericanos eran muy decentes en ciertas cosas, le explicó, aunque muy fríos y aburridos comparados con los italianos. Era posible que como maridos resultasen inaguantables, pero todos

ellos se educaron en el principio de estar dispuestos a proteger siempre a sus mujeres. Miles haría algo para arreglar el asunto, aunque los dos amantes no debían de estarle demasiado agradecidos por su caballerosidad. Ella no dudaba de que su marido habría tenido numerosas aventuras, a pesar de la conducta puritana de que hacía gala; y si, al parecer, se sacrificaba por ella, no hay duda de que, de saberse la verdad, resultaría que no hacía otra cosa sino llevar a cabo un acto de justicia poética.

Lo único que ella y Paolo tenían que hacer era ser prudentes para evitar la murmuración e impedir que surgiesen complicaciones. También les sería preciso mostrarse un poco pacientes. Y luego, al cabo de poco tiempo, podrían casarse y ser felices como tantas veces se habían imaginado. Paolo se la llevaría entonces a Roma y al palacio, que ya no habría necesidad de seguir alquilando a gente presuntuosa. Ella se convertiría en su hada madrina, así como en su princesa y en su esposa.

Después del día en que fue sorprendida (e Isabel se atribuía el mérito de que Miles no hubiese atacado a Paolo, tratando de matarle), ella y Salvano se veían muy pocas veces y nunca en casa de la primera, como antes. Pero los escasos encuentros

que se arriesgaron a celebrar resultaron mucho más agradables para Isabel que los anteriores al «Diluvio».

Teniendo en cuenta las circunstancias, se alegraba de que Miles estuviese enterado y de que todo marchase viento en popa, para alcanzar la felicidad que en algunos momentos consideró fuera de su alcance. El horror que Paolo tenía con respecto al escándalo lo atribuyó siempre al hecho de que éste era católico romano. Por su parte, estaba demasiado enamorada para dar importancia a cosa alguna, siempre que, al fin, aquel hombre llegase a ser suyo. Incluso habría dejado que Miles se enterase y entablara el divorcio con ella, aunque, en tal caso, habría quedado casi pobre, porque el dinero que heredó de la señora Parmalee no llegaba a constituir una fortuna. Amaba a su hermoso italiano» (según le llamaba a solas y también cuando estaba con él) como nunca creyó amar a hombre alguno y habría sido capaz de sacrificar... todo no, desde luego, pero bastante a cambio de la felicidad de ser su mujer. Y además, aunque apenas se lo confesaba a sí misma, pues no necesitaba confesárselo, sería muy romántico y agradable convertirse en princesa.

Sin el dinero de Miles, ella y Paolo no habrían podido vivir en el *Palazzo Almara* (antiguo nombre de la familia del Duque, padre de Paolo, que aun vivía), sino que tendrían que resignarse a vivir en un piso en Roma y a ir una vez al año a París y a Nueva York.

Paolo, por su parte, no se entregaba a las insinuaciones que Isabel le hacía de vez en cuando para sondearle. Apoyaba su negativa en su caballerosidad. Nada podría inducirlo a sembrar la desgracia y el deshonor en la vida de la mujer a la que adoraba. Siempre fue prudente, de un modo extremado, según creía Isabel; mas a pesar de su prudencia, el Destino le arrancó de las manos los hilos de su intriga. Miles entró una noche en el *boudoir* de su mujer y la encontró en brazos de Pablo di

Salvano. Después de unos segundos terribles de miedo y de indecisión, y cuando ya en los ojos de Miles se veía una mirada homicida, algo le transformó, pues de un diablo enloquecido hizo un hombre razonable.

Isabel atribuyó esta salvación a su propio tacto, aunque eso no importase gran cosa, y Hartley Phillips, que se hallaba detrás de Miles, es decir, en el umbral, mientras el primero abría la puerta, tal vez contribuyó, según ella se figuraba, a que su amigo no hubiese cometido una tontería. Y es indudable que ella no hubiese creído en la visión y en la «voz» aunque Miles se lo hubiese referido.

Parecía como si la Providencia, o como se quiera llamar, deseara proteger a Isabel, porque Miles estaba dispuesto a pagarle alimentos en cantidad muy crecida, y así ella y Paolo serían ricos, por lo menos desde el punto de vista italiano, teniendo en cuenta el estado de la lira.

A Isabel le resultaba desagradable pensar que eso pudiese establecer alguna diferencia en la conducta de Paolo para con ella, porque, por su parte, no habría tenido inconveniente en casarse con él a pesar de la exigüidad de su propia renta, que no ascendía más que a diez mil miserables dólares por año. Y entre las cosas desagradables que había en su corazón y que Isabel sentía examinar, estaba el convencimiento subconsciente de que Paolo no se habría casado con ella por diez mil dólares al año y además un escándalo, pues tal vez confiaría en lograr algo más ventajoso en otra parte. Y lo peor de todo era que antes de la decisión de Miles las circunstancias parecían indicar que Paolo podría encontrar otra ocasión mucho más ventajosa.

En una palabra, existía una muchacha.

Tratabase de una joven vulgar, hija de un grosero nuevo rico de California, que fue a Nueva York con su padre para gastar dinero y tratar de introducirse en sociedad. Los dos tiraron enormes sumas, mas no pudieron ingresar en los círculos

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca

de Catalunya



FRED SCOTT



GLORIA SWANSON